

# LA INTELLECTUALIDAD ES GASEOSA



Parece ser que Gorki, el intelectual ruso, víctima hoy del régimen sovieta, se ha quejado de que los "intelectuales" no saben organizarse.

Repitamos a este propósito, una vez más, que seguimos sin saber qué se quiera decir a punto fijo con eso de "intelectualidad" y ello aunque alguna vez, a fines de táctica, admitamos ese nuevo mote. Tal vez como en "camouflage". A las veces nos parece una traducción de lo que en Alemania llaman "Intelligenz"—y en Rusia "intelligentsia"—y que allí debe ser mucho más claro que es su traducción aquí.

¿Qué no sabe organizarse? Acaso lo que se quiere decir con esto es que no sabe mecanizarse, y en todo caso, que no resiste la forma de gremio y menos la de partido. Y ello es muy natural. La inteligencia, la verdadera inteligencia—dejemos por ahora eso de la intelectualidad—es lo más rebelde que hay a la agremiación. ¡Y no digamos nada al partidismo...!

En el siglo pasado floreció—aunque fructificó poco—en Inglaterra una escuela de psicología que se llamó asociacionista. Quería explicar el funcionamiento de la mente, y aun de todo el espíritu, por la asociación de ideas. Fué una escuela rígidamente intelectualista, pero no espirituarlista por eso. Y una escuela de sentido común, de "common sense". Pero con ello ni se explica toda la vida del espíritu ni lo mejor y más hondo de ella.

Lo más hondo y lo mejor de la vida del espíritu — del individual y del colectivo — se explicaría acaso mejor por el "disociacionismo". No es tanto el poder de asociar dos ideas antes nunca juntas como el de disociar dos que siempre recibimos ayuntadas lo que distingue a una inteligencia poderosa y creadora. Ni es posible establecer nuevas asociaciones sin romper las antiguas.

La Intigencia, en el sentido social alemán y ruso, es un poder disolvente. Y disuelto. Y no se olvide aquel antiguo aforismo de los químicos de que los cuerpos no obran sino disueltos. En épocas de renovación

profunda, es decir, de disolución, la obra más activa y más eficaz—¡sí, más eficaz, señoritos de la eficacia!—es la de los elementos disueltos y disolventes, la de los que la ejercen fuera de gremio, de asociación, de sindical, de partido.

El otro día leíamos en un diario republicano unas consideraciones respecto a la función del Parlamento. Decíase allí que en el Parlamento se puede decir mucho que no cabe decir en la Prensa. Lo dudamos. Y en cambio sostenemos que en la Prensa se puede decir mucho que no cabe decir en el Parlamento. Porque los miembros de éste se hallan asociados en distintas asociaciones — gremios, partidos, clientelas... — y asociados todos ellos entre sí. Es más fácil que entre un ... ¿cómo le llama-

remos? un esquirol — ¡sea! — en la Prensa que no en el Parlamento. Es casi imposible hoy entrar en el Parlamento español sin tener algo que callar. O acaso sin tener que hacer que se hace una cosa para hacer en realidad la contraria. Y hay en la Prensa más luz de día, luz de calle—con haber tan poca—que en aquél. ¡Con decir que hay quien se cuida de que vaya al Parlamento quien le combata! ...

La abstención del voto no implica, pues, apoliticismo. Al contrario, puede ser de muy profunda política. Y puede no serlo, ¡claro! Es según lo que con ello se persiga.

¿Recuerda el lector aquel ingeniosísimo artículo de nuestro "Figaro", de Larra, sobre el hombre globo? ¿Aquello del hombre sólido: tierra, el líquido: agua, y el gaseoso? Lo que llamamos socialmente la intelectualidad, cuando lo es de veras, es un elemento social gaseoso, disuelto y... disolvente. Pero sin él no se oiría nada. Si el aire atmosférico se solidificara, o siquiera se liquidara, aparte de las dificultades para la respiración, no oiríamos a tanta distancia; la onda sonora no se transmitiría tan lejos ni tan bien. Es la disolución misma del elemento social intelectual — elemento, no clase, ni menos gremio ni partido—lo que le hace más apto para difundir el sonido. Y con él la luz también. Excluye

las clandestinidades disciplinarias.

Hace mal, pues, Gorki en quejarse de que los intelectuales no se organicen al modo que eso de organización supone hoy. Porque en otro más hondo sentido, más vital, están organizados. Y aun sin saberlo ellos. Porque hay hasta una comunidad de los solitarios. ¿No hay, por ejemplo, una comunidad y hasta una comunión entre un publicista periódico y los que lo leen? Pero afortunadamente para el publicista su público no constituye su partido. Es decir, no el partido que sea de él, sino el partido de que él sea. Tan malo lo uno como lo otro.

Ahora bien, el deber social de un intelectual es hacerse oír y hacerse oír del mayor número posible de gente, pero sin esclavizar su sinceridad y su veracidad a disciplinas de gremio o de partido, sin perder su independencia. Y debe aceptar toda ayuda que le sirva para aumentar su radio de sonoridad, pero sólo en cuanto se la aumente. Y no hacer caso de los mentecatos que le llamen a esto megalomanía. Que logra—¡cosa casi imposible!—otra tribuna de mayor libertad que la de la Prensa—repetimos que no la conocemos—... ¡mejor! Pero sin agremiarse, sin matricularse, sin "correligionararse", sin perder la gaseosidad esencial a su condición. Ahora si lo que busca es un "modus vivendi"... Pero esto entra ya en la ganapanería encubierta y disfrazada. Que no es el oficio ejercido a las claras.

MIGUEL DE UNAMUNO